



José M. Castillo

LA RELIGIÓN DE JESÚS

Comentario al Evangelio diario · Ciclo B (2017-2018)



Desclée De Brouwer

José M^a Castillo

La religión de Jesús
Comentarios al Evangelio diario
Ciclo B (2017-2018)

Desclée De Brouwer

INTRODUCCIÓN

Presentación	7
Adviento	9
Navidad	37
Comienzo del Tiempo Ordinario	55
Cuaresma	100
Semana Santa	142
Pascua	154

PRESENTACIÓN

Para poder leer los evangelios de forma que su lectura no sea motivo de constantes preguntas, dudas e inseguridades, lo primero que debemos tener en cuenta es que los evangelios son una recopilación de relatos que constituyen lo que bien podemos denominar y calificar como una *teología narrativa*. Lo que significa –entre otras cosas– que, en los relatos de los evangelios, lo que nos interesa y nos importa no es su “historicidad para nuestra información”, sino su “mensaje para nuestra forma de vivir”. Esos relatos no fueron escritos, ante todo, para informarnos de lo que hizo y dijo Jesús de Nazaret. Los evangelios fueron escritos para que comprendamos el mensaje que la forma de vivir de Jesús nos dejó, para que nuestra vida sea lo más semejante posible a la forma de vida que llevó Jesús. O sea, lo central de la *teología narrativa* de los evangelios es el “proyecto de vida” que nos presentan, en una serie de relatos, redactados en *formas literarias* o *géneros literarios*, que ya no se suelen utilizar como se utilizaban entonces. Por eso, no tiene pies ni cabeza romperse los sesos dándole vueltas a la verdad histórica de la existencia de Jesús, de los milagros de Jesús o de otros datos por el estilo, que nos resultan chocantes. La vida de Jesús nos interpela de tal forma, que nos da miedo aceptar que lo que leemos en el Evangelio nos indica y nos plantea el “proyecto de vida” que Jesús nos presenta y nos exige, para encontrar a Dios. Y para ser como tenemos que ser. En esto está la clave de todo cuanto se dice en este libro. Lo importante y determinante de los evangelios no es el “Jesús histórico”, sino el “Jesús ejemplar”.

Mc 13, 33-37

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: "Mirad, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!".

1. El libro de los evangelios, antes que un libro de religión, es un PROYECTO DE VIDA. Esto es lo primero que se ha de tener en cuenta al meditar cada uno de estos relatos que se nos recuerdan en este libro. No pensamos, en estos relatos, para ser más religiosos, sino para ser más honrados, mejores ciudadanos, mejores profesionales y, ante todo, personas más honestas en todo y con todos. Por eso, lo primero que se nos recuerda aquí es que tenemos la necesidad de "estar siempre despiertos". Eso justamente es lo que significa el imperativo que pone aquí el evangelio de Marcos en boca de Jesús. El que no está despierto, es el que se dedica a dormir. Y el que duerme, se desentiende de todo. Y se dedica solamente a cuidar de sí mismo: de su propio bienestar, de su propio descanso. Esto es lo que quiere todo el mundo. Pero, si todos nos dedicamos a nuestro propio interés, ¿qué va a ser de los que carecen de casi todo? Eso no es humano. Eso, en el fondo, es in-humano.
2. Los especialistas en el estudio del evangelio de Marcos, ponen en duda que Jesús dijera lo de la vigilancia, pensando en el fin del mundo, en la muerte inesperada y en otras amenazas por el estilo. Todo esto ha sido tema de la predicación de muchos clérigos en sermones y homilías. Así se le metía miedo a la gente. Y se sabe que el argumento del miedo a la muerte ha sido bastante utilizado por el clero. Eso se tiene que evitar a toda costa. Porque así, lo que se hace es hablar, no de Dios, sino del miedo. Pero el Dios que nos explicó Jesús, no es un Dios del miedo, sino el Padre de la Bondad y la Misericordia.
3. En el fondo, lo que muchos hombres de Iglesia quieren, al hablar tanto del miedo, es "someter a la gente". Una persona asustada es una persona sumisa. Y sabemos que la sumisión de la gente es lo que más buscan, necesitan y quieren los poderosos, ya sean civiles o clérigos. El Dios del miedo quiere personas sometidas, no personas honradas. Pero lo que más necesitamos en la vida es honradez, honestidad, bondad, justicia. No tanto hablar de sumisión.

Mt 8, 5-11

En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaúm, un centurión se le acercó diciéndole: “Señor, tengo en casa un muchacho que está en cama paralítico y sufre mucho”. Jesús le contestó: “Voy yo a curarlo”. Pero el centurión le replicó: “Señor, ¿quién soy yo para que entres bajo mi techo? Basta que lo digas de palabra y mi muchacho quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes y le digo a uno ‘ve’ y va; al otro ‘ven’ y viene; a mi muchacho, ‘haz esto’, y lo hace”. Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: “Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos”.

1. Estamos ante uno de los relatos más elocuentes de los evangelios, para comprender el significado de la fe, a juicio de Jesús. Viene a él un centurión romano. Era, pues, un cargo militar importante (responsable de cien legionarios de las fuerzas de ocupación que había en Palestina, dominada por Roma en aquel tiempo) que, como todos los militares de entonces, tenía que hacer un juramento de fidelidad al Emperador al que, en aquellos años, se veneraba como un “dios”. Tal como nosotros entendemos la fe y la religión, aquel militar tenía una fe equivocada. No creía en Dios. Creía en el emperador de Roma. Era un pagano, un hereje. Diríamos que tenía una fe falsa. Pues bien, lo desconcertante es el juicio que Jesús hace de la fe de este militar. ¿Por qué? ¿En qué sentido se puede decir tal cosa?
2. Aquel militar de alta graduación, o sea un hombre que tenía un cargo importante, tenía además “un siervo” que estaba enfermo, que sufría mucho y (según parece) estaba en peligro de muerte. Sin duda alguna, aquel centurión era un hombre bueno. Profundamente bueno. Porque no podía soportar ver a un siervo de su mansión sufriendo tanto y amenazado de muerte. Y eso era para él lo más importante en la vida. Es decir, lo más importante no era la religión de la fidelidad al emperador, sino la fuerza de la bondad ante el sufrimiento de un siervo. Y esto es lo que llevó a aquel hombre importante a buscar a Jesús, a suplicarle a Jesús, a fiarse de Jesús y poner en Jesús su esperanza. En esto está la clave de la explicación de este relato genial.
3. Porque esta actitud de bondad del centurión produjo en Jesús una profunda admiración. Jesús se *quedó admirado*. Nunca había visto tanta humanidad y tanta bondad en las personas más religiosas de su propio pueblo. Y es que,

a juicio de Jesús, lo decisivo no es la religión a la que uno pertenece, sino la sensibilidad ante el sufrimiento, el empeño por remediarlo, y la confianza en Jesús que puede darle solución. Jesús nunca antepuso las ideas a las personas. Ni siquiera las ideas religiosas fueron lo primero para él. Lo primero, para Jesús, fue siempre el comportamiento ético, la bondad de las personas, la sensibilidad que los humanos tenemos ante el dolor ajeno. Esto era la fe, para Jesús: *Nunca he encontrado en nadie tanta fe*. Esto es lo decisivo para el Evangelio. Y en esto estuvo la “revolución religiosa” que puso en marcha Jesús.

5 DE DICIEMBRE - MARTES

1ª SEMANA DE ADVIENTO

Lc 10, 21-24

En aquel tiempo, lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó Jesús: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar”. Volviéndose a los discípulos, les dijo: “¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que oís, pero no lo oyeron”.

1. Jesús se dirige, en esta oración, al “Padre”, entendido como “Señor del cielo y de la tierra”. O sea, Dios es el “Transcendente” y el “Inmanente” a la vez. El Dios que no está a nuestro alcance y que, sin embargo, lo tenemos tan cerca, tan presente, tan visible. Es el Dios, a un mismo tiempo, tan “divino” y tan “humano”. Pues bien, Jesús afirma que a este Dios no lo conocen los “sabios y entendidos”. Los que se saben todos los libros y todas las teorías, esos son los que no se enteran de quién es Dios, ni de cómo es Dios. Sin embargo, este Dios se da a conocer a los más pequeños, a los últimos de este mundo. Dios no es una “cosa”, no es un “objeto del conocimiento”, no es un “saber”. Por eso los sabios y entendidos no lo conocen. Mientras que los que no pintan nada, ni tienen títulos, ni son notables, esos son los que lo conocen. ¿Qué es esto?
2. La *gente sencilla* es la gente que no tiene nada más que su humanidad, su condición humana. Hay millones de seres humanos que no tienen otra cosa que lo indispensable para mantener su humanidad. No tienen otra cosa, esas gentes. Solo tienen su condición humana. Y sabemos, por el misterio de la encarnación, que Dios se “encarnó” precisamente en la condición humana (Jn 1, 14).

Los sabios son los que saben mucho y se fían de su sabiduría. Los entendidos son los que tienen mucho (títulos, cargos, experiencias...). Por eso los sabios y los entendidos tienen el peligro de confundir a Dios con lo que llevan en sus saberes y sus títulos. Así se engañan a sí mismos. Los otros, los que no tienen nada y por eso son los últimos, no tienen nada más que su humanidad. Es decir, tienen carencias, ignorancias, necesidades... Y es ahí y en eso donde el Dios de Jesús se les hace presente: en lo que sufren, en lo que necesitan, en lo que buscan, en lo que anhelan... Ahí está Dios. El Dios de Jesús. Tener a Dios no es tener ideas claras y seguras. Tener a Dios es tener humanidad, sencillez, humildad, deseos de lo más típicamente humano. No es lo mismo hablar de "el ser humano", que hablar de "ser humano". Hay quien sabe mucho de "el ser humano", pero es poco "humano". Y es siendo humanos como encontramos a Dios y en lo que encontramos a Jesús.

3. Cuando Jesús dice que son dichosos los que ven y oyen lo que veían y oían los discípulos, en realidad, ¿qué nos dice? Los discípulos veían a un hombre, a un ser humano y oían a un galileo de Nazaret, del que ni su familia se explicaba cómo ni dónde había aprendido lo que decía (Mc 6, 1-6). Lo que resulta sorprendente, en lo que aquí dice Jesús, es que la "revolución religiosa", que él trajo al mundo, consistía en que, en cada ser humano oímos y vemos a Jesús. Y en Jesús es donde vemos a Dios. ¿Vemos la humanidad de los demás? ¿Oímos su humanidad? Con frecuencia ocurre que un Dios tan profundamente humano no nos entra en la cabeza. Y menos aún, en el corazón. ¿Por qué seremos así? ¿No nos ocurrirá que apetecemos más ser como los "sabios y entendidos", mientras que la "gente sencilla" nos importa un bledo?

6 DE DICIEMBRE - MIÉRCOLES

1ª SEMANA DE ADVIENTO

Mt 15, 29-37

En aquel tiempo Jesús, bordeando el lago de Galilea, subió al monte y se sentó en él. Acudió a él mucha gente llevando tullidos, ciegos, lisiados, sordomudos y muchos otros; los echaban a sus pies y él los curaba. La gente se admiraba al ver hablar a los mudos, sanos a los lisiados, andar a los tullidos y con vista a los ciegos, y dieron gloria al Dios de Israel. Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: "Me da lástima de la gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que se desmayen en el camino". Los discípulos le preguntaron: "¿De dónde vamos a sacar en un despoblado panes suficientes para saciar a tanta gente?". Jesús les preguntó: "¿Cuántos

panes tenéis?”. Ellos contestaron: “Siete y unos pocos peces”. Él mandó que la gente se sentara en el suelo. Tomó los siete panes y los peces, dijo la acción de gracias, los partió y los fue dando a los discípulos, y los discípulos a la gente. Comieron todos hasta saciarse y recogieron las sobras: siete cestas llenas.

- 1.** Las tres preocupaciones fundamentales que ocuparon prácticamente toda la vida de Jesús, fueron: 1) La *salud* de los enfermos. 2) La *alimentación* de la gente, especialmente de los pobres. 3) Las *relaciones humanas* de las personas. Por eso, en los evangelios se habla constantemente de las curaciones de quienes padecían enfermedades, de las comidas de Jesús con toda clase de personas y de las mejores relaciones posibles que podemos (y debemos) tener con los demás. En este relato, se nos recuerda la actividad de Jesús con los enfermos y con los que no tenían qué comer. De las relaciones humanas habla Jesús ampliamente en sus discursos, por ejemplo, en el Sermón del Monte: el perdón, la misericordia, la generosidad, la bondad con todos y en todo momento, etc.
- 2.** Es importante caer en la cuenta de que estas tres grandes y fundamentales preocupaciones de Jesús no son preocupaciones “religiosas”, sino preocupaciones “humanas”. Es decir, son problemas que interesan y preocupan normalmente a cualquier ser humano, sea o no sea religioso y tenga las ideas o convicciones que tenga. Porque, si nos atenemos a su conducta, lo importante para Jesús no era la “religiosidad”, sino la “humanidad”. Jesús fue un hombre profundamente religioso, como quedó patente en su intensa y frecuente relación con el Padre del Cielo. Lo mismo que en su insistente oración al Padre, de la que con frecuencia nos informan los evangelios (Mt 14, 23; 19, 13; 26, 36. 39. 42. 44; Mc 1, 35; 6, 46; 14, 32. 35. 39; Lc 3, 21; 5, 16; 6, 12; 9, 18. 28. 29; 11, 1; 22, 41. 44. 45). Pero la religiosidad de Jesús no le llevó al templo y al culto. Su religiosidad le llevó a ser bondadoso con todos. Y así es como encontró al Padre.
- 3.** Esta multiplicación de los panes es la segunda que relata el evangelio de Mateo. La primera se encuentra en Mt 14, 13-21. Este segundo relato quiere destacar la importancia de este hecho en la vida de Jesús y en la vida de la Iglesia (cf. J. C. Anderson). El Evangelio destaca así que Dios quiere, sobre todo, que nos preocupemos de los que pasan necesidad, de la injusticia del sistema que nos domina, un sistema que privilegia a unos pocos a costa del sufrimiento y la humillación de la inmensa mayoría de los hijos de Dios. Y conste que este desequilibrio mundial tiende a hacerse más enorme cada año, cada mes, cada día. Cortar esta dinámica de muerte tiene que ser la preocupación mayor de todo ser humano en este momento. Y en los próximos años.